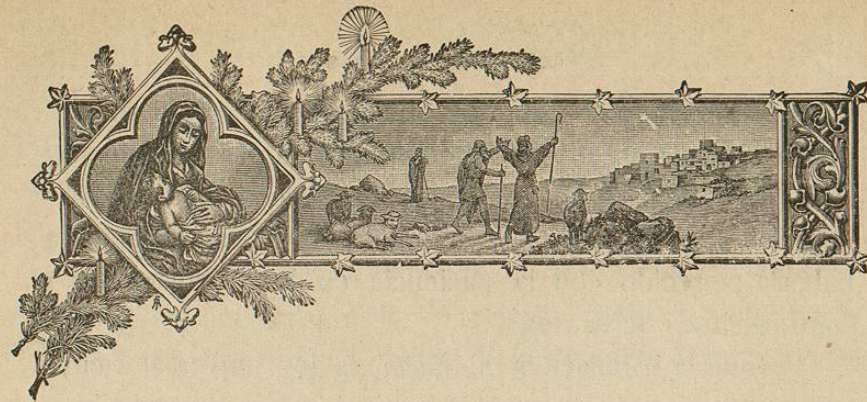
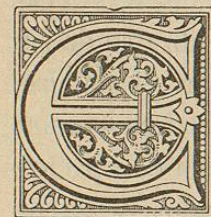


CONCEPTO DE LA TRIBULACIÓN



CONCEPTO DE LA TRIBULACIÓN



EN la historia del reinado de Carlos V, leemos un hecho sencillo por demás, pero que encierra una verdad elocuentísima aplicado al asunto que deseo tratar en esta plática. Dícese allí que este rey de Francia quiso poner á prueba los sentimientos del corazón de su hijo Carlos, valiéndose para ello de un medio ingenioso. Puso sobre una mesa una preciosa corona enlazada con un cetro de oro, y en otra un casco guerrero y una espada, y dejó á su hijo la elección. Éste, joven todavía, pero dotado de una madurez de juicio impropia de su edad, sin vacilar un momento cubrió su cabeza con el casco y empuñó la espada. Al ver el rey este rasgo de nobleza y de valor en su hijo, preguntóle por qué había preferido la espada, y respondió el joven príncipe: «Porque con la espada espero conquistar la corona.» Respuesta digna del hijo de un rey. Ahora bien; si tan nobles sentimientos abrigaba el magnánimo corazón de este joven príncipe, que no quiso ceñir la corona del imperio sin ha-

berla conquistado con el poder de su brazo, ¿no sería vergonzoso que, tratándose de conquistar la inmarcesible corona de la gloria, el cristiano, el religioso, hijo del *Rey inmortal de los siglos* (1), pretendiese ceñir esa corona, sin haberla merecido con la paciencia en las tribulaciones y contratiempos de la vida?

Porque la tribulación, h. mías, es ley universal á cuyo influjo ningún sér racional puede sustraerse (2); ley que nace con el hombre y se apodera, digámoslo así, de todo su sér, pues la siente como inyectada en su sangre y no le abandona hasta que exhala el último suspiro. Verdad es que en la práctica esta ley produce efectos diversos en los hombres, según las disposiciones con que la reciben. Los amadores del mundo, como piensan que han nacido para gozar (3), la miran con horror, la detestan y maldicen, y hasta llegan á atentar contra su propia vida para librarse de sus efectos. Los buenos cristianos, aunque rehusan el padecer —porque en verdad no es halagüeño á la naturaleza,— como saben que ésta es la voluntad de Dios, la sufren con paciencia y salen de esta vida purificados y abastecidos de merecimientos. Pero las personas religiosas, es decir, las religiosas de buen espíritu, las que aspiran con empeño á la perfección y desean unirse pronto con su divino Esposo Jesús, como han aprendido en su escuela que el camino más breve para lograr esta unión es el camino de la tribulación y de la cruz, no sólo la llevan con paciencia, sino que la aman y bendicen y viven abrazadas con ella, porque cifran su única gloria en vivir crucificadas con Cristo y repiten con el Apóstol: *Lejos de mí gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (4).

(1) I. Timoth., I, 7.

(2) Eccli., XL, 3.

(3) Sapient., II, 8.—Isaí., XXXII, 13.

(4) Galat., VI, 14.

¿Por ventura me equivoco, h. mías? ¿No son éstos vuestros sentimientos? ¿No cifráis vuestra gloria en las tribulaciones y en vivir abrazadas con la cruz?... No lo dudo. Mas para infundiros aliento en las luchas y contradicciones de la vida, deseo descubrirlos el caudaloso manantial de gracias y de méritos que atesora la tribulación para el alma que la recibe con amor, como venida de la mano de Dios (1). Veamos como

Las tribulaciones son garantía de salvación

Donoso destino el de la criatura racional: padecer y ser atribulada mientras dure su vida. Así es, h. mías; vivir para el cristiano es luchar, y luchando vive el que espera ceñir la corona que Dios le tiene prometida si venciere (2). *Campo de batalla es la vida del hombre* (3), y cada cristiano es un *soldado de Cristo* (4) que debe arrostrar con frente serena los padecimientos y contrariedades de este destierro, porque éste es el único camino que conduce con seguridad á la patria de los Santos. Así lo dice San Pablo: *Es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios* (5). «Luego si las tribulaciones, añade San Jerónimo, han de »facilitarnos la entrada en el cielo, ya pueden despedirse de »él todos los que rehusan padecer» (6). Ya, pues, que la tribulación es necesaria, porque todos nacemos en pecado (7), y todos navegamos por este golfo tempestuoso del mundo, y ninguno se escapa de sus furiosas olas y horribles tormentas, veamos cómo con la gracia de Dios logramos trocárla

(1) Deut., XXXII, 27.—Ecclesiast., XI, 14.—Jerem., XVII, 10.

(2) II, Timoth., II, 5.

(3) Job., VII, 1.—Job., XIV, 14.—II. Timoth., III, 12.

(4) II. Timoth., II, 3.

(5) Act., XIV, 21.

(6) De ferend. oppobr.

(7) Psalm. L, 7.—Rom., V, 12.

en dulce y sabrosa, y que nos sea como garantía de salvación eterna, y no perdamos tan grandes riquezas y bienes como por medio de las tribulaciones podemos alcanzar.

Decidme: ¿qué concepto formarían las gentes de un pobre de solemnidad que rechazara indignado la propiedad de una mina de oro, con cuyo metal pudiese subvenir holgadamente á todas sus necesidades, y aun satisfacer todos sus caprichos mientras viviere sobre la tierra? El mundo, tan apasionado por las riquezas, no acertaría á comprender ni aun á concebir un acto semejante... Pues bien, h. mías; se trata de verdaderos pobres de solemnidad en lo relativo á los bienes del espíritu (1); se trata de almas hambrientas (2) que necesitan el pan de cada día, que es la gracia divina (3), para no desfallecer en la triste jornada de la vida; se trata de pecadores cargados de deudas (4) que deben satisfacer en éste ó en el otro mundo (5); se trata de verdaderos negociantes que han de duplicar su caudal con el oro purísimo de la caridad y de las virtudes (6); se trata, en fin, de nosotros, pobres pecadores, miserables pecadores, abrumados de necesidades y de miserias en el cuerpo y en el alma (7); de nosotros, en cuyas manos ha puesto Dios un verdadero tesoro, un manantial inagotable de méritos y de gracias, con las cuales podemos enriquecer nuestras almas y satisfacer todas las deudas contraídas con Dios por nuestros pecados, y no obstante... no diré yo que rechazamos indignados este tesoro, pero sí que me atrevo á asegurar que no lo hemos examinado detenidamente y por eso no podemos apreciarlo en lo que vale.

(1) Psalm. XXIV, 16.—Psalm. LXXXVIII, 8.—Apocal., III, 17.

(2) Psalm. CVI, 9. Matth., V, 6.

(3) III. Reg., XIX, 6.—Joann., VI, 52.

(4) Matth., VI, 12.

(5) Matth., V, 26.—Matth., XVIII, 30.

(6) Luc., XIX, 3.

(7) Job, XIV, 1.

Efectivamente: la gran miseria moral de muchos cristianos—tratándose del servicio de Dios—consiste en que suelen mirar las cosas por su parte exterior, como aparecen á los sentidos, y sólo gustan la amargura de la corteza, y achacan todos los contratiempos que padecen ó á los hombres ó á la naturaleza, ó en general á las causas segundas, porque no los desentrañan, porque olvidan, sin duda, que en el fondo de estos acontecimientos se halla *la médula del cedro* de que nos habla Ezequiel (1), esto es, la voluntad divina que los dulcifica y hace meritorios de vida eterna. No, no viven de fe, como las almas justas (2); en sus manos tienen el tesoro y no lo aprecian, porque *no conocen el don de Dios* (3), y enferman con la medicina, y frustran, cuanto es de su parte, los designios amorosos de la Providencia, y padecen sin mérito y sin alivio. ¡Ah! si llegáramos á columbrar siquiera las riquezas espirituales que atesoran las tribulaciones, lejos de temerlas y rehusarlas, las buscaríamos con solicitud, como la mujer del Evangelio (4), con la luz de la fe, hasta dar con ellas y adquirir-las á precio muy subido, á precio de dolores, injurias, persecuciones, calumnias y sangre del corazón. Porque, h. mías, ¿qué es la tribulación—ora sea interna ó externa—sino una visita misericordiosa de Dios, una prueba inequívoca del amor que profesa á sus hijos (5), una señal cierta y evidente de predestinación? Así lo dice el glorioso Evangelista San Juan en persona de Dios: *A los que yo amo, los reprendo y castigo* (6). Y el Apóstol San Pablo añade: *Al que Dios ama, castígale, y azota al que recibe y tiene por hijo* (7); y prosigue

(1) Ezech., XVII, 3.

(2) Galat., III, 11.

(3) Joann., IV, 10.

(4) Luc., XV, 8.

(5) Prov., III, 12.

(6) Apocal., III, 19.—Prov., III, 12.—Job, V, 17.

(7) Hebræ., XII, 6.